

0
Ca 428 no 25
Manuel de Saralegui y Medina

MEMORIA

LEÍDA EN EL SOLEMNE

REPARTO DE PREMIOS Á LA VIRTUD

celebrado por la

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MADRILEÑA
DE AMIGOS DEL PAÍS

EL DÍA 19 DE DICIEMBRE DE 1910



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.^o
Teléfono número 551

1910

Manuel de Zoología y Medicina

MEMORIA

REPARTO DE PREMIOS A LA WRITING

CONFERENCIA DE WRITING

CONFERENCIA DE WRITING

CONFERENCIA DE WRITING

CONFERENCIA DE WRITING

CONFERENCIA DE WRITING

Manuel de Saralegui y Medina

MEMORIA

LEÍDA EN EL SOLEMNE

REPARTO DE PREMIOS Á LA VIRTUD

celebrado por la

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MADRITENSE
DE AMIGOS DEL PAÍS

EL DÍA 19 DE DICIEMBRE DE 1910

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1910

MEMORIA

REPORTE DE PRIMERA A LA VIRTUD

La virtud es el camino que nos lleva a la felicidad. Es el fundamento de toda vida buena. Sin ella, no podemos alcanzar el bien. La virtud nos enseña a amar a Dios y a nuestros semejantes. Nos da la fuerza para resistir a las tentaciones del mal. Es el secreto de la paz y la armonía en el mundo. La virtud es el don de Dios que nos permite vivir en su gracia. Nos hace capaces de grandes cosas. Nos da la sabiduría para discernir entre el bien y el mal. Es el camino que nos lleva a la gloria eterna. La virtud es el fundamento de toda vida buena. Sin ella, no podemos alcanzar el bien. La virtud nos enseña a amar a Dios y a nuestros semejantes. Nos da la fuerza para resistir a las tentaciones del mal. Es el secreto de la paz y la armonía en el mundo. La virtud es el don de Dios que nos permite vivir en su gracia. Nos hace capaces de grandes cosas. Nos da la sabiduría para discernir entre el bien y el mal. Es el camino que nos lleva a la gloria eterna.



SEÑORES:

Apenas si hace un año.

En ocasión solemne como ésta y pesaroso de haberos molestado con la sincera expresión de lo que no sé si eran reflejos de la realidad ó meras ficciones de un pesimismo personal, del que sentiría mucho tener que declararme víctima, prometí, seria y terminantemente, no volver en forma igual á importunaros; y, sin embargo..... heme aquí.

Al presentarme, incurro —al parecer cuando menos— en pecado de inconsecuencia ó, tal vez, de falta de formalidad, por el que os pido humildemente perdón, pero del cual, contando con vuestra benevolencia, pretendo sincerarme en dos palabras.

Y es que el hombre para vivir en el mundo, ha de sentar, forzosamente, plaza, en uno de los

dos bandos en que puede considerarse dividida, y lo está de hecho, la sociedad humana.

O se declara ogro de solemnidad ó se proclama ente social.

En el primer caso, puede y debe disfrutar de libertad salvaje, siendo árbitro de sus acciones, sin preocuparse de sus prójimos y morando recluso en la agreste soledad de los bosques y montañas; pero en el segundo, cuando busca y acepta el comercio de sus semejantes, ha de vivir inexorablemente sometido á leyes generales de interés común, bajando la cabeza á todo género de honradas imposiciones y recibiendo, en cambio, todos los frutos de la ajena protección.

Esto sentado y ciñéndome al asunto, sucede que yo, por hallarme, sin duda, próximo á disfrutar las candideces de la segunda niñez—privilegio exclusivo de los muchos años—tengo á los ogros, hoy, el mismo invencible temor, la misma antipatía, de que son, eternamente, objeto en las escuelas; y como quiera que al huir del bosque y de sus repulsivos moradores, caigo inevitablemente en el seno de la sociedad y me someto, sin protestas, al suave yugo de sus leyes, cedo en este caso á una de las más apremiantes del código de los deberes mutuos, á los

cuales el hombre bien nacido no sabe hacer traición, y aunque doliéndome de la fatiga y del enojo que os produzco, olvido mis promesas de hace un año y..... *Amigos del País* y amigos míos: perdón, perdón mil veces, pero..... heme aquí.

Y heme aquí, con circunstancias agravantes, porque aun descartando vuestra inevitable molestia al escucharme—que no es, á fe, chico descarte—es lo cierto que no tan sólo ocupo por tercera vez este sitio sin asomos de disgusto ni barruntos de contrariedad, sino que llego al colmo de sentirme acariciado por ciertos vahos de placer, al alimentar la esperanza, no sé si por completo engañadora, de que puedo, al hacerlo, llenar un hueco con decoro y cumplir, siquiera sea pobremente, una misión: anhelo generoso que es algo así como el segundo lema de esta casa, donde el trabajo es honor por el que todos combatimos, porque todos, también, nos defendemos tras el escudo de nuestro ciego desinterés, y porque todos, al multiplicar aquí nuestros afanes, parece como que abrillantamos nuestros timbres y enriquecemos, á la par, nuestro caudal.

Tal es, sin pasión que me deslumbre, el compendio de nuestro orgullo y la síntesis real

de nuestras aspiraciones; tal la simpática significación de esta vieja sociedad que no ha llegado á claudicar un punto, desde aquel en que la fundó Carlos III: sociedad de carácter genuinamente igualitario—como ya he dicho otra vez, dando entrada, en premio á su fiel expresión, al inocente neologismo—y en cuyo seno adquiere tangible realidad la amalgama de profesiones y linajes, gracias al feliz consorcio del aristócrata con el humilde, del que sabe con el que estudia y del que manda con el que obedece, no porque el uno abdique y el otro usurpe, sino porque el uno baja lo que el otro sube, y ambos sin violencias ni ambiciones, hasta llegar al nivel medio que marcan de consuno, la inteligencia, el trabajo y la virtud.

Porque las *Económicas de Amigos del País*, constituyen, cierta é indiscutiblemente, una feliz excepción en el régimen social de los tiempos que alcanzamos. Todas las demás, igualmente útiles y respetables, ya se llamen civiles ó religiosas, y tanto las políticas como las militares y las mercantiles, como las agrícolas ó financieras, podrán tener un segundo objeto que, á cambio de dos ó tres vueltas, venga á constituir el definitivo de cooperar al bien común beneficiando los altos intereses nacionales; pero en

todas ellas, también, es lo primero y principal y lo declaradamente ostensible y reglamentario, una especie de exclusivismo egoísta y más ó menos razonable, que si no representa siempre una ventaja estrictamente personal, sí responde, cuando menos, al beneficio de un gremio en contra de otros gremios ó á la preponderancia, en un sentido determinado, de tal ó cual corporación.

Aquí, por el contrario y merced á una organización ampliamente colectiva, amplia sin reservas y colectiva sin limitaciones, son siempre pospuestos los intereses de los menos á los intereses de los más, y en alas de nobilísimas emulaciones y exagerando, tal vez, el altruismo, solemos los que en esta casa laboramos, hacer en pro del bienestar común y del público progreso, todo aquello que en conciencia reputamos necesario, sin preocuparnos, poco ni mucho, de si al obrar así, podemos inferir algún daño positivo al franco desarrollo de nuestros propios intereses personales.

Y es que aquí el ambiente es refractario á cuanto tiene sabor á privilegio; es que la gestión individual con ribetes egoístas, nace desprestigiada para arrastrarse siempre moribunda y soportando el general desdén; es que aquí ni

se labran escabeles, ni se fomentan exclusivas: trabajamos todos para todos, sin otro objetivo que la madre patria, ni más recursos que el esfuerzo propio, ni más imposiciones que el deber social.

Socorrer enseñando, es decir: ejercitar el más glorioso de los deberes en homenaje á la más desinteresada de las virtudes, es la primordial obligación que contraemos al colgarnos la medalla con que honramos nuestros pechos: obligación que garantiza un interés doble en nuestro abono, tanto más grato y respetable cuanto menos material.

Y considero doble el interés que en esta casa devengamos, porque como para mí el trabajo no es pena; como lo reputo más placer que penitencia, como creo, con Benot, que *no han de tardar los tiempos en que constituya una gran voluptuosidad y la pereza una gran ignominia*, estimo que su primero y más puro beneficio lo percibe inmediatamente aquel que lo ejecuta, ya por lo que tiene de redentor en contraposición al desorden de la holganza, ya por lo que colma las ansias del espíritu, elevando su nivel y permitiéndole descubrir, uno por uno, los íntimos secretos de la suprema verdad, ya porque endulza el martirio en las horas de zozobra y

ya porque suaviza la aspereza natural de los instintos, tranquilizando el tormentoso bullir de las ideas y pasiones, con el riquísimo sedante del estudiar y el discurrir.

El *Eureka* de Arquímedes, sublime grito de un alma grande que como premio de sus insistentes lucubraciones, vislumbra, al fin, el principio fundamental de una de las principales ramas de la hidrostática, es por sí solo la mejor confirmación de mis creencias, pues que él sintetiza la loca expresión del placer experimentado por el sabio que consiguió cobrar espiritualmente, en teorías inmutables, una buena parte del legítimo interés de su trabajo.

Y conste que, como Arquímedes, han podido gritar *jeureka!*, el profundo Le Verrier cuando Mr. Galle encontró en el firmamento—siguiendo sus indicaciones—el ignorado globo de Neptuno, cuya existencia fué predicha por el análisis inteligente de determinadas perturbaciones planetarias; Hamilton, cuando Lloyd ensayando un cristal de aragonita, pudo ver la corona luminosa que es como emblema de la refracción cónica en los cristales de dos ejes, predicha como Neptuno, por el cálculo, al estudiar el inmortal físico inglés *la superficie de la onda, es decir, el más sutil de los idealismos ma-*

temáticos; (1) y Mendeleeff, cuando Boisbau-
drán, en el retiro de su laboratorio, reconoció,
por fin, la presencia de un nuevo cuerpo simple
que aquel predijo sobre el papel en las sole-
dades de su gabinete, con sólo aplicar la ley de
la continuidad al estudio de los cuerpos elemen-
tales, en relación con sus volúmenes atómicos,
que fué reveladora de un hùesped fantástico de
la razón, repulsivo hasta entonces, á crisoles y
retortas.

Esto por lo que hace á la primera parte del
 interés que yo afirmo devengamos como re-
 compensa positiva del trabajo personal, en tan-
 to discurrimos por los misteriosos dominios de
 las abstracciones puramente matemáticas; pero
 fuera de ellos, Colón, Balboa, Magallanes y
 Quirós, al rendir al poderoso talismán de su
 genial perseverancia, las ignoradas regiones del
 planeta que habitamos; Redfield y Reid, enfren-
 dando los ciclones; Franklin, domeñando el
 rayo; Torricelli, pesando el aire; Kepplero, tra-
 zando las órbitas celestes; Newton, midiendo
 la gravedad; Jenner, inoculando la vacuna; Ser-
 vet, siguiendo el curso de la sangre; Copérnico,
 sujetando al sol y lanzando en su torno á nues-

(1) Echegaray.

tra tierra... todos, todos como el gran Arquímedes y como Le Verrier y como Hamilton y Mendeleeff, pudieron gritar gozosos *lo encontré*, y todos como ellos disfrutar de las primicias de su gloria, rédito moral de placeres inefables, que rinde siempre el capital que el trabajo significa, cuando el hombre lo encauza en buen sentido, ávido de alcanzar con él un noble fin.

Permitidme ahora y antes de seguir, hacer una pequeña salvedad que considero necesaria, no porque la demanden vuestro buen sentido ni menos aun vuestra indulgente generosidad, sino porque deseo anticiparme á la explosión sentenciadora de los ceñudos Aristarcos que en todo y por todo ven motivo de censura ó de irrisión. Claro es, como es clara la luz del medio día, que mis anteriores palabras y mis pobres consideraciones no significan ni pueden significar en modo alguno, el que los modestos, los modestísimos *amigos del País*, pretendamos, por punto general, codearnos con los titanes del trabajo de la inteligencia ni tampoco cantar un *eureka* vanidoso como coronamiento de nuestras útiles aunque no capitalísimas labores. Lo que he querido decir para probar mi tesis ponderando los conceptos, es que el trabajo dignifica siempre y es siempre premio de sí mismo,

aunque siempre, también, en la justa medida proporcional que marcan su importancia y la trascendencia, á la vez de sus luchas y conquistas.

Claro es también, que cuanto queda dicho con relación al trabajo, fase primera de la misión que en esta casa realizamos, tiene perfecto encaje en la caridad, segundo aspecto que proclama su instituto: porque así como fuera necio y vano suponer que al recordar, en apoyo de mi aserto, los íntimos placeres disfrutados por San Vicente de Paul y San Juan de Dios, por la santa reina Isabel de Portugal y la santa Isabel, reina de Hungría, al ejercer sus inclitas virtudes en el socorro de los desdichados y en el remedio de todo género de necesidades, pudiese existir en nosotros el descabellado propósito de mirarlos frente á frente, cual si pudiéramos sufrir los resplandores de su excelsitud, así, también, fuera ingrato y casi criminal el intentar desposeernos del legítimo orgullo con que, todos á una, recordamos satisfechos, la fundación del *Colegio Nacional de Sordo-mudos*, timbre preclaro de esta *Matritense*; la iniciativa y la reglamentación de las primitivas escuelas de párvulos ó *Salas de Asilo*, cuando mediaba el año 38; la creación y el sostenimiento perma-

nente de la especial de *Taquigrafía*, que aún existe cobijada en el viejo caserón de San Isidro; la fructífera participación en el estudio y hábil desarrollo de la *Caja de Ahorros*, complemento obligado del Monte de Piedad, á que dió cima el buen Pontejos; la constante liberalidad en el reparto de premios á la virtud, tanto más de agradecer, cuanto más pobre es el manantial de que se nutren; y la innumerable multitud de empresas generosas, ricas en filantrópico altruismo, que han repartido el bien á manos llenas, sin reservar más laurel á la *Económica* que la grata contemplación de las ajenas dichas y el íntimo placer por el deber cumplido.

Y así siempre: trabajando y socorriendo, y disfrutando, por igual, al socorrer y al trabajar, tan honorables como fuimos al principio, lo somos hoy que, pobres y caducos, persistimos en trabajar y en socorrer, sin que el cansancio de los años embote nuestras energías, ni apaguen nuestros entusiasmos las dificultades que aniquilan los esfuerzos, con la inercia abrumadora de la falta de caudal.

Y á fe que si alguna vez se echa de menos nuestra presencia allí donde se lucha por los altos destinos de la patria, allí donde se aunan los esfuerzos de los buenos en beneficio del pro-

greso y la cultura, sin vistas al político plantel: donde se discuten soluciones provechosas para el fomento de las fuentes de riqueza, apertura de mercados comerciales, establecimiento de escuelas y retiros, abaratamiento de comestibles y alquileres, y extinción de graves plagas populares, como la holganza, la embriaguez y la mendicidad, no es á nosotros imputable nuestra ausencia, que jamás desoímos el clamor del llamamiento, es que, no por inútiles—dictado que protesto—sino por humildes, los poderosos nos olvidan, y que nuestro papel es acudir, no importunar.

Importune el que intente medrar por mercedes que el mérito no explica, el que goza del favor y del favor se nutre, el que huelga indiferente ó cultiva la lisonja; los perezosos, los egoistas, los intrigantes; los que no tienen derecho á nada, porque nada les preocupa, los curtidos al desdén... no los que sabemos que tanto como ilustra el merecer, el mendigar... denigra.

Y como plena confirmación de tales convencimientos, y persistiendo con gusto en la orientación que le marcan honorables tradiciones, celebra hoy ante vosotros esta *Matritense*, una de las solemnidades que, con mayor razón, le

garantizan el público respeto, su décimo reparto de *premios á la virtud*: solemnidad á la que, después de un paréntesis no corto, damos cima por tercera vez al cumplirse el tercer año, sacando, para ello, fuerzas de flaqueza y haciendo alardes de buena voluntad.

La santa significación de estos certámenes, por el sacrificio que suponen en favor de los desvalidos, de los que nada pueden, de los que han de responder al cariño tan sólo con cariño, porque no tienen otra cosa que ofrecer, crece forzosamente en importancia á medida que crecen, también, las estrecheces de aquel que los realiza sin parar mientes en su propio malestar.

Lo he dicho muchas veces, pero no huelga á mi entender el repetirlo, ya que cede en elocuente prestigio de esta vieja institución.

«La *Económica Matrite*» se, la ilustre sociedad
 »que apenas si dispone de lo indispensable para
 »cubrir decorosamente sus más apremiantes necesidades, no bien alienta en sus agobios y
 »siente leve calor en la sangre de sus venas,
 »abre sus arcas á los generosos impulsos de la
 »esplendidez, olvida sus cuitas ante la cuita
 »ajena, renuncia á la justa consideración del
 »propio mal y... ya lo véis...: ella, la débil, la
 »inútil, la necesitada, no reserva nada para sí,

»lo cede todo, y se envanece al repartir premios
»al heroísmo y á la honradez, al amor y á la
»lealtad.»

La recompensa de tan gallarda muestra de filantropía, es, por fortuna, inmediata y confortadora á la vez, pues que no obstante las limitaciones reglamentarias que, como sabéis, reducen á los confines de Madrid y su provincia el escenario de las acciones meritorias que nosotros podemos aquí galardonar, el conjunto de denuncias recibidas en ésta, como ya sucedió y se hizo notar, en ocasiones anteriores, no es menor en número ni tampoco en importancia, que el de las presentadas en los análogos certámenes que celebran otras muy respetables corporaciones, si bien es, en realidad muy inferior, con relación á los de los concursos precedentes de esta ilustre Sociedad. (1)

*
* *

Sólo dos denuncias se han presentado para optar á los sendos premios de *Heroísmo y abne-*

(1) En 1862....	73.	En 1881.....	105
En 1865.....	98.	En 1888.....	79.
En 1867.....	48.	En 1907.....	70.
En 1868.....	66.	En 1909.....	40.
En 1875.....	97.		

gación que comprende la primera categoría del concurso.

Se refiere el primero al cabo de la Guardia civil José Cristóbal Maté de las Aguilas que obediente á la vez que al espíritu que informa la sabia organización del instituto militar en que presta sus servicios, á los vivos requerimientos de su generosa inclinación, penetró por una ventana del piso principal, de una casa incendiada, de la calle de Quiñones, y tuvo la suerte de salvar, con riesgo de la propia, la vida de tres pobres mujeres que yacían dominadas, por los primeros síntomas de asfixia; y refiérese el segundo á Petra Montero García, esposa del conserje del Hospital de enfermedades infecciosas de Alcalá de Henares, que espontánea y gratuitamente, se prestó á coadyuvar al cuidado de los enfermos tíficos acogidos al benéfico establecimiento, habiendo cumplido sus propósitos á satisfacción de los Médicos de servicio y del Ayuntamiento de la ciudad, que es quien hace la denuncia; pero el Jurado, no obstante reconocer de buen grado, el revelante mérito de los protagonistas de ambos hechos, y la nobleza de los impulsos á que han obedecido, consideró conveniente, limitarse á hacer de ellos *mención honorífica*, reservando para otra ocasión el otor-

gamiento de los premios en metálico, ansioso de ennoblecer en beneficio de éstos todos los extraordinarios esplendores de valerosa resolución y de singularidad ó rareza que deben hacer permanente é indiscutible la aureola de alta significación social de que, con justicia, se hallan rodeados y que esta Sociedad tiene á gloria el conservar.

*
* *

Si es verdad que la lealtad y el respeto á los superiores han sido siempre uno de los más positivos sostenes del orden social y uno de los más poderosos resortes para el desarrollo de todo género de empresas y de todo linaje de organizaciones, no lo es menos que su significación y su importancia han alcanzado el sumo nivel en los tiempos que corremos, y en los que unas predicaciones disolventes y unos ejemplos perniciosos, trastornando las iniciativas de las masas populares, torciendo sus honradas inclinaciones é ilusionando con mentidas promesas el instintivo y natural deseo de mejoramientos y bienandanzas, han minado en lo más hondo —ó á lo menos tratan de minar— los cimientos de cuanto en el mundo significa orden y moralidad.

Por eso los ejemplos que nos ofrecen los dos ancianos Juan Iglesias y José Feito, son dignos por todo extremo de los galardones que se les otorgan en la segunda categoría, que es la de *trabajo*.

El primero, de los 54 años que lleva trabajando, hace 27 que lo ejercita en la misma casa; y el segundo lleva sin interrupción 41 prestando sus servicios en la fábrica de nuestro estimado consocio el incansable industrial Sr. Gómez Vallejo, siendo ambos, además de inteligentes operarios, verdaderos modelos de disciplina, asiduidad, respeto y honradez.

Más que virtud, es el *amor filial* uno de los más gratos y más elementales deberes del hombre bien nacido.

Por eso en la adjudicación de premios de la tercera categoría, debe procederse parca y meticulosamente, y aun haciendo gala de un exquisito espíritu de selección que aleje en absoluto la posibilidad de que resulten premiadas, como heroicamente virtuosas, acciones de que se sienta naturalmente capaz cualquier persona honrada.

*
* *

No de otra suerte ha procedido el Jurado al otorgar los dos premios correspondientes á esta Sección, eligiendo para ello dos seres desgraciados, absolutamente impedidos, y que lejos de aceptar el triste papel de cargas para sus familias, ó de implorar la caridad pública exhibiendo sus desdichas, sienten alientos en sus pechos nobilísimos para hacer frente á su destino, y trabajando, aunque débiles é imposibilitados, atienden honradamente á las necesidades de su vida y son sostén á la vez de los suyos desvalidos.

Jesús García Prieto y Antonio Martín Cañizares, son estos dos héroes del amor, del respeto y de la honradez.

Adquiriendo, por manera casi milagrosa, una instrucción que por necesitados no podrían por dinero conquistar, afrontan la difícil misión de enseñar y educar á niños pobres, á unos gratuitamente y á otros por mezquina é intermitente retribución, y trabajando sin descanso y sin más estímulos que el cumplimiento del deber, logran llevar año tras año auxilios á sus madres, viudas y desdichadas, y alejar el horror de la miseria de las puertas de su hogar.

* *

Finalmente, los dos premios asignados al *servicio doméstico*, cuarta de las categorías que comprende este concurso, han sido justísimamente otorgados á dos ancianas, Nicolasa Ventura y María Deolinda Santana, la primera de las cuales sirvió 30 años en la misma casa, de la que salió para un asilo después de muerta su señora, á quien prestó sus auxilios y regaló sus ahorros; y llevando la segunda más de medio siglo sirviendo á la misma persona en idénticas condiciones de abnegación y honrado desinterés que su compañera.

Tales son los hechos realizados por estas dos respetabilísimas mujeres, según se ha podido comprobar por unánime deposición de los testigos.

«No creo necesario—dice en su escrito el ilustrado ponente Sr. Altolaguirre—esforzarme en llamar la atención de la *Real Sociedad Económica Matritense*, sobre la bondad moral y la abnegación de estas modestas sirvientas que, renunciando á la honrada aspiración de crearse una familia ó de constituirse un pequeño capital, que les asegurase la subsistencia durante la vejez, soportan mes tras mes y año tras año, todas las molestias inherentes al cuidado de personas enfermas y de avanzada edad, y todos los

rigores de la miseria, sin que su fe vacile ni su cariño se entibie, y que sólo encuentran como oasis en medio de sus áridas y tristes existencias, algunos momentos de satisfacción y alegría, al devolver á sus señoras los salarios devengados y entregarles, á un tiempo, las limosnas que la caridad ha depositado en sus manos.

Alarde primoroso de virtud, que entusiasmo y conmueve.

* * *

He concluído:

Como habéis visto, soy ferviente enamorado de la laboriosidad, nombre con que pretendo disfrazar el masculino del trabajo, á fin de que el cambio de sexo permita, sin violencias, ni enamoramiento.

En la exageración de ésta, como de todas mis pasiones, consecuencia natural de las circunstancias típicas de mi carácter, llego á opinar con San Pablo, que «el que no *quiere* trabajar no *debe* comer», y á decir con Lessing que si Dios me ofreciera en una mano la verdad y en otra el trabajo de encontrarla, yo le dijera sin vacilaciones ni distingos que reservase la

verdad, dejándome entero el placer de descubrir la.

Pero por grande, por profunda que sea mi pasión por este que, como castigo de su inobediencia, diz que impuso al primer hombre la ofendida majestad del Ser supremo, bien puedo dar fe de su exigua pequeñez y del extremo de su propia insignificancia, si lo pongo en parangón con el respetuoso homenaje que rindo, en todos casos, á las heróicas manifestaciones de la abnegación y la virtud.

Porque en estos campos, no basta sentir inclinación al bien y tener amplio deseo de alcanzarlo, para hacerse acreedor al público respeto; sino que es preciso, con la perseverancia que impone toda lucha y con el esfuerzo que es heraldado del triunfo, tener paciencia para sufrir los infortunios y mansedumbre para tolerar las injusticias; razón para disculpar la sinrazón y tranquilidad para arrostrar asechanzas y peligros: y soportando estrechez y privaciones, y educando con dulzura al desvalido, y oyendo los lamentos del enfermo y ayudando al caduco y al lisiado, entregado al consuelo del que sufre, rodeado de llanto y de dolores, tener conciencia de que si alguien logra merecer los altos timbres que esmalta el heroísmo en las bonda-

después porqué al lado y en ayuda de cada virtuoso, se alberga siempre la más insigne de todas las virtudes, la sacrosanta voluntad de Dios.

MANUEL DE SARALEGUI Y MEDINA

Madrid 1.º Noviembre 1910.



